LOS SESENTA

CeDInCl



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO
MEXICO, 1964

LOS SESENTA

REVISTA LITERARIA

Lo dice el título. Esta revista se publica durante la sexta década del siglo y sólo colaboran en ella quienes hayan o hubieran cumplido sesenta años. Cuidan de ello y de ella:

RAFAEL ALBERTI

VICENTE ALEIXANDRE

Dámaso Alonso

Max Aub

JORGE GUILLÉN

Secretario de Redacción:

BERNARDO GINER DE LOS RÍOS

Editada por

LIBRERIA ROBREDO

Esquina Argentina y Guatemala

México 1, D. F.

Toda la correspondencia a

Euclides, 5-3

México 5, D. F.

LOS SESENTA

CeDInCl

CeDInCl

LOS SESENTA

CeDInCl



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO
MEXICO, 1964

Todas las colaboraciones son propiedad de los autores.

Queda prohibida su reproducción.

CeDInCI

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

CRITICA PARALELA

Actual; es decir, clásico; es decir, eterno.

CeDInCl

CeDInCl

Actual, Clásico, Eterno

ACTUAL

ETERNO

ACTUAL: es decir, clásico; es decir, eterno.

AL REINO DE LA IDEA

¿HAY nada más grato que devolver al reino de la idea lo que ya nos degradó la realidad?

DESNUDO Y VESTIDO

La rosa ¿cómo está desnuda y vestida a un tiempo?

FUERZA ESTÁTICA

El pasado hay que considerarlo sólo como belleza (fuerza) estática.

QUÉ USADO

¡Qué viejo (qué usado) es siempre el ruido! Pero tú, silencio mío, eres siempre nuevo y orijinal.

DELICADO

Una "fuerza delicada" de la naturaleza.

SEGUNDOS PRIMEROS

¡Primeros segundos lugares! ¡Terceros primeros lugares!

SOBRE LA OBRA

El volver o no sobre la obra propia, es sólo un problema de amor.

RARC

Un "raro" tan sencillo, que perdure raro a través de todas las complicadas "rarezas" pasajeras.

ES MÁS

La naturaleza que se entrevé en el trabajo, es más que la que se ve en el ocio.

COMO EL RÍO

Hay que unir lo nervioso y lo perfecto, como el río corriente.

LA VIDA

Biombos y espejos. La vida.

Si el pensamiento o el sentimiento son exactos, la forma será necesariamente perfecta; es decir, completa.

HORAS DE BELLEZA

Los que suelen unir poquedad e intensidad, olvidan un tercer punto: horas de belleza.

COMO SABIDURÍA

EL hombre de arte, si es puro, no debe ni puede tener otra popularidad que la escasa y exacta de un científico (matemático, fisiólogo, jeógrafo) y su actividad ha de considerarla como sabiduría.

(Cuando "se resigne" a ello, será el reino del arte verdadero.)

SIN REBUSCO

Sólo la palabra justa, la más directa y cercana; pero esa (sin rebusco) ¡qué escojida!

NORMAL

El "atadero" debe ser clásico, digo, normal.

LA CRÍTICA EFICAZ

Más que la creación consciente, la crítica eficaz de lo espontáneo.

ENTIÉNDASE ESTO

Las desventajas de retener y apurar nuestra obra bella, son

siempre y sólo para uno (éxito: actualidad, amor, primacías, fortuna) nunca (eternidad) para la obra misma; ni (entiéndase esto) para los demás.

Y PALABRA CORRIENTE

Intuición rara y palabra corriente: la mayor belleza.

DE ESOS TANTOS

¿Pobre el olvido, gloria? ¿Pues cuántos más no son los que olvidan que los que recuerdan? La gloria verdadera, la rica, está en el olvido de esos tantos.

UN LÍMITE

El rebelarse contra las molestias tiene un límite: acaba donde acaban las costumbres y empiezan los fenómenos naturales.

ESTA MÁQUINA DIVINA

NADA me gusta tanto como imajinar, como "usar" esta máquina divina de la imajinación.

NO VALE

"FACILIDAD" del artista "difícil", es joya. "Dificultad" del artista "fácil", no vale.

EN MI PROPIA CASA

Sólo en la naturaleza libre, como todo está siempre a mi gusto, me siento en mi propia casa.

CUANDO sepas "demasiado" bien tu mano derecha, olvídala por la izquierda.

NO DEL TODO

GUSTAR, pero no del todo.

MISTERIO VALEROSO

Puede quedar en nuestra obra algo que no hayamos visto, nada que no hayamos mirado.

El secreto de lo no visto, es misterio valeroso.

CONTENERLA

Prisa, sí (como impulso) pero para darme el gusto de detenerla, digo, contenerla.

DE LAS DIOSAS

Se dice que la conversación es la ocupación favorita de los dioses...

Sobre todo, de las diosas solas.

MUNDO A MUNDO

ENCERRÉMONOS en el círculo definido de cada instante, y pasemos de instante a instante, como de mundo a mundo (círculo a círculo).

GANSO DOBLE

EL cisne en tierra es ganso. Y el ganso en agua, ganso doble.

YA SIEMPRE ELLO

¡Cómo se defiende lo que siempre hemos creado, al querer nosotros recrearlo (recrearnos)! ¡Cómo se nos cierra vivo y desagradable, para ser ya siempre ello, el que creamos una vez!

SENTADA EN PAZ

Que en cada frase, en cada palabra, en cada coma, en cada punto de nuestra obra, a los que volvamos de pronto, nos encontremos sentada en paz a nuestra consciencia.

COMO EL SILENCIO NECESARIO

Cada poema mío es como el silencio necesario de mi necesaria conversación innecesaria de cada día.

EL HABER SUSTANTIVO

Busquemos la gran alegría del haber hecho (verbo "haber" y "haber" sustantivo).

DE TRAVÉS

Si te dan papel rayado, escribe de través. Seria travesura.

POR SI ACASO

No olvidemos para nuestro vivir diario, que en la lucha entre el olvido y la memoria es imposible que la memoria venza siempre, puesto que el olvido es también un inmortal.

Y NO ESTAR LIBRE

TERRIBLE cosa saber el secreto y no estar libre de su misterio!

¡QUÉ SORPRESAS!

¡Qué gusto analizar lo inconsciente propio; y qué sorpresas de lo inconsciente a la consciencia y a la conciencia!

AYER Y MAÑANA

ATA el mañana y libra el ayer.

INTEGRANDO

NUESTRA vida no sería nunca cansada, vulgar, tristona, perezosa ¡fea! si pensáramos en cada instante que estamos integrando lo desconocido y lo reconocido.

SER, SERLA, SERLO

Tanto como que una cosa sea, hay que gozar que "haya podido" ser, serla, serlo.

SÍ, CLARO

REALISTA, fantástico? Sí, claro, intelijente, espiritual.

MEJOR, NEUTRALIDAD

No quiero esperanza, que esperanza indica término. Mejor, neutralidad.

MÁS LEJOS Y MÁS HABLADO

Quien escribe como se habla, irá más lejos y será más hablado en lo porvenir que quien escribe como se escribe.

DEL DELEITE

Que nuestra obra tiente y contajie del deleite que le demos.

SABER QUÉ ES

No repetir. Pero ante todo saber qué es no repetir.

COMO UN ABRAZO

La perfección ha de dársele (si acaso) a la obra, como un abrazo pleno.

NI EL MÁS MÍNIMO

NUNCA demos nuestro esfuerzo (ni el más mínimo) sino a lo permanente.

Y DEBE FOMENTARSE

El morir de los que no aman la vida, no es triste, ni importa (y debe fomentarse). ¡Fúnebre, terrible, el morir del panteísta enamorado!

TRISTE flor abierta a la fuerza!

¡QUÉ COSAS!

La gloria (¡qué cosas!) consiste en pasarme del yo que otro ignora, al otro que ignoro yo.

¡AY, EL DÍA!

¡Ay, el día del elojio total; el día de nuestra muerte verdadera! ¡Todos serán uno, ninguno seré yo!

(Y

Mucно (у) perfecto. En el "у" está el secreto, el problemita.

CON TRABATO

¡HERMOSA vuelta a lo conseguido con trabajo!

ES DECIR, CLÁSICO;

ROMANTICISMO, (ACADEMICISMO), CLASICISMO

Hay dos dinamismos: el del que monta una fuerza libre y se va con ella en suelto galope ciego; el del que coje esa fuerza, se hace con ella, la envuelve, la circunda, la fija, la redondea, la domina. El mío es el segundo. Y añado, con la fuerza removiéndose dentro de mi abrazo:

fuga perdida sin dominio de lo dinámico, es Romanticismo. (Dominio sin fuerza dentro. Academicismo.) Clasicismo, dominio retenedor de lo dinámico.

ES ORDEN, SÍ

CLASICISMO es orden, sí; pero no orden esterior que clasifica, que "coloca" las cosas en su sitio; sino que las "mete en cintura".

PLENA Y EXACTA

CLASICISMO: secreto plena y exactamente revelado.

PARA COMPRENDERLO

La intelijencia no sirve para guiar al instinto, sino para comprenderlo.

UNA TOTALIDAD

Роета puro, "pero" total. Y "pureza" es una totalidad.

DE ORTOGRAFÍA

La sintaxis es una cuestión de ortografía.

A LOS DIFÍCILES

Lo difícil cansa a los fáciles; lo fácil, a los difíciles.

¡POESÍA MÍA!

DINAMISMO, embriaguez, gracia, gloria... ¡Poesía mía!

En cada sentido están los otros... cinco. El sentido es total también, como la pureza.

CAPRICHOSA

UNA disciplina... caprichosa.

ESTÁ TODO DADO

EL arte, como el tiempo, está todo dado; y no tiene, por lo tanto, prisa (aunque nos lo parezca a nosotros, vanos inventores de alfileres, relojes y batutas).

JUSTA Y EXACTO

Inmanencia totalmente justa y totalmente exacto dinamismo.

EL ARTE PARA TODOS

La decadencia de un artista se anuncia casi siempre con su adopción de la perezosa idea: "El arte para todos".

RECREAR

DEPURAR: recrear; recrear, depurar. No tiene vuelta de hoja.

CUANTO DURE

UNA obra atraerá tanto tiempo cuanto dure su secreto revelado.

TESORO

El mejor nombre que encuentro para mi obra, es "Tesoro".

EL CONTAJIO

Señal de verdadera poesía es el contajio; que no quiere decir (¡cuidado!) imitación.

SIEMPRE EN EL POETA

Número, acento, rima, nunca están en el verso, sino siempre en el poeta.

Por eso no hay formas uniformes, y no es "imprescindible" inventar otras, que sin poeta de voz y movimiento propios, siempre serán, por diferentes que sean, las mismas; y con poeta pleno, serán equivalentes siempre a las normales.

DE IGUAL PROFUNDIDAD

Que inconciencia y conciencia salgan de igual profundidad de nuestro ser.

¡QUÉ LUCHA AGRIDULCE!

El placer: ¡qué lucha agridulce entre lo finito y lo infinito!

COMO EN EL NIÑO

Mi vocación de eterno está, como en el niño, en mi gran amor a lo presente.

LAS MARAVILLOSAS YEMAS

Artista, cuida las maravillosas yemas de tus dedos.

La obra plena debe corresponder a su plena presentación. Si una obra impresa bellamente no corresponde a su forma impresa, si no se sostiene en ella, si deshace su forma (Pío Baroja, Antonio Machado, Azorín) no era plena.

INMANENTEMENTE DINÁMICO

UNA poesía inmanentemente dinámica que el éstasis más prolongado no pueda desvirtuar ni deshacer.

CIERTA DISTANCIA

En el conocerse uno mismo, cierta distancia.

(Y EN LA MUERTE)

Quien me quiera encontrar en la vida (y en la muerte) búsqueme sólo en lo todo bello.

NO MERECE TAL

POETA cuyo pensamiento no abarque plenamente su sentimiento (siendo éste infinito) no merece tal omnipotente nombre divino.

ENTRE OTRAS

HAY, entre otras, tres clases de mal gusto: el de quien escribe con tinta verde, con tinta morada y con roja.

PORQUE LA JUVENTUD

Muy importante es lo que la juventud verdadera piense

de uno, porque la juventud es para nosotros el principio de la posteridad.

EN EL "CASI"

Era casi perfecta. Su mayor encanto estaba en el "casi".

BASTANTE!

VIJILEMOS con nuestra intelijencia nuestro instinto; pero dejémosle suficiente libertad para que el niño haga un poco...; bastante!, lo que quiera.

(;OTRA!)

No pensemos nunca en lo que otro (¡otra!) pueda dar a los demás, sino en lo que pueda darnos a nosotros.

Capricho y crisol.

LAS RAZONES HERMOSAS

Para mí no hay otras razones en la vida (ni en la muerte) que las razones hermosas.

CANTOR, AFORISTA, PROSISTA

Cantor lírico y metafísico; prosista descriptivo y psicólogo; aforista filósofo y crítico.

SO Y BAJO

Торо el que escriba "so el saúz", sea tendido en el acto "bajo el sauce".

Un éstasis que no mate lo vivo.

DIAMANTE, AGUA, DESNUDO, ROSA

EVIDENTE y secreto, como el diamante, como el agua, como el desnudo, como la rosa.

CELEBRACIÓN

Mi mejor de celebración de fiestas es "siempre" la más perfecta normalidad.

ALENTAR, EXIJIR, CASTIGAR, TOLERAR

ALENTAR a los jóvenes; exijir, castigar a los maduros; tolerar a los viejos.

MÁS DEL OLVIDO

La tierra, el agua, el aire, el fuego (no lo olvidemos) son fuerzas más del olvido que de la memoria.

CONTINUACIÓN

Mi poesía es siempre continuación de mi poesía (mi verso, de mi verso; mi prosa, de mi prosa).

DETENIDO

POBRE detenido del Antes y del Después! (Sobre todo, del Después y del Antes.)

UNA JOYA

De cualquier cosa mía hago yo una joya.

QUE NUNCA ES TODAVÍA

¡Со́мо me gusta "éso" que nunca es todavía "éso": entretiempo, fantasía, imajen, sueño, amor!

REPETIDOS TRANSEUNTES

¡No, no somos creadores; no somos más que repetidos transeuntes de la belleza, del arte y del placer!

"CASA DE TIEMPO Y DE SILENCIO"

ME imajino mi obra terminada (completa, aislada, inconmovible) como una "Casa de tiempo y de silencio" que va al río de la vida.

BELLÍSIMAS

Yo eterno y las inmortales, bellísimas siete diosas estériles.

EL DE MI IMAJINACIÓN

¡Qué espectáculo el de mi imajinación en movimiento!

PARA ESO

Con la belleza hay que vivir (y morir) a solas. Para eso es plena y completa.

Las coronas, dentro.

ES DECIR, ETERNO.

GRACIA Y FUERZA

Poesía: sensualidad. Sensualidad: gracia y fuerza.

"OTRA VEZ"

El poeta, como el amante, son nuevos sólo con amar o cantar "otra vez".



Estilo no es pluma, no es ala, sino vuelo.

NECESARIAMENTE

CLÁSICO es perfecto, y perfecto es completo, y (¡ojo con esto, trasnochados, empachosos, amasadores del vocablo y el jiro de ayer!) completo es, necesariamente, vivo.

ES TESORO MÍO

Todo lo que yo he pensado y sentido ya, aunque no lo recuerde más, es tesoro mío, como lo no sentido ni pensado todavía.

DE REPENTE

Para correjir, volver a la obra de repente, cojerla desnuda en su soledad, por sorpresa.

GOZANDO EN PLENITUD

Poncamos una meta lejanísima en un futuro infinito, y caminemos cada día hacia ella, hacia él, sin parar y lentamente, gozando en plenitud los dos lados del camino y lo dejado atrás.

CUANDO NO ENTIENDO

Si no entiendo un pensamiento de otro, suelo dejarlo pasar; pero, ¡ay, cuando no entiendo un pensamiento mío!

DE "DÍA SIGUIENTE"

Muerte y vida. ¡Esa tranquilidad igual de "día siguiente"!

TIEMPO, SILENCIO Y LUZ

MI fluencia y mi consciencia sólo podrían ser corrientes jemelas por campos de tiempo, silencio y luz.

HACIENDO

HACIENDO, se piensa más que pensando; pensando demasiado se hace menos que haciendo. Haciendo, se piensa siempre; pensando demasiado se acaba por no hacer... ni pensar.

PASEANTE diario de la cornisa de lo inmortal.

¡OJO CON LAS ETIMOLOJÍAS!

ESTILO: Pluma. ¡Ojo con las etimolojías, repito que no son infalibles! Pluma puede ser manera.

EL SOSTENIMIENTO

Pasión "perfecta". En el artista completo (apasionado y consciente; ej.: los llamados pintores primitivos) la perfección no es sino el sostenimiento, el éstasis de la pasión ("fuerza") que en el artista descuidadamente espontáneo es sólo acierto, pasaje ("debilidad").

¿POR QUÉ NO?

Sı "existe" la nada, ¿por qué no ha de "existir" el alma?

es egoísmo

ACABAR mucho, es egoísmo. Es no dejar nada a los otros.

UN CASI

Mejor que un conocerse, un semi, no, un casi conocerse.

EXACTA AGUA PASAJERA

Nincún pensamiento fijo define la verdad, que es como

la forma abstracta que un río conserva perpetuamente de su exacta agua pasajera.

ES CLARO

¡Qué irreales son los hombres... y, es claro, las mujeres!

EN OTRO IDIOMA

Un buen ejercicio, cuando cualquier emoción propia se nos resista, en la lectura o la recreación mental de lo propio a nuestra autocrítica estética, es ponérnosla en otro idioma.

CRÍTICO ESTÉTICO

¿Filósofo ético? Crítico estético.

DE NUESTRO VIVIENTE LABERINTO

Estilo: el exacto, el único camino espresivo de nuestro ser; el hallazgo definitivo del hilo irrompible de nuestro viviente laberinto; nuestra inagotable y gustosa "corriente".

ARRANCARLE LA LENGUA

¡Quién pudiera (luz, mármol, sombra, sonrisa) arrancarle la lengua al mundo!

POR LA RODADA

...Un agua viva y nueva que corre, al sol eterno, por la rodada de la carreta de los siglos.

¡Qué opaca, bajadora, tirante, antipática (sol: otra luz: y humo en platas tachadas, ojos mariscosos, cristales bebidos, venas saltantes y flores con vahos) la sobremesa!

PARA MÍ ES MUY FÁCIL

¿Romántico, del día, "clásico", a un tiempo? Para mí es muy fácil la respuesta.

SER CADÁVER VISIBLE

SER inmortal quiere decir solamente ser cadáver visible (de un museo... más o menos secreto).

ALCIBIADES

España: ¿Se habría "acomodado" Alcibiades el acomodaticio, al ruido de tu Madrid, pobre poeta pensativo y sensitivo? ¡Cómo te hubiera gustado verlo!

EXACTITUD, RITMO, ACENTO

Poesía: la exactitud concisa, el ritmo natural, el acento preciso... la libertad absoluta.

SE LE OLVIDE

AL recuerdo hay que tratarlo como un niño: "Ya te llevaré luego, hijo; ya me acordaré de ti por la tarde." Y dejarlo, dejarlo hasta que a él mismo se le olvide que lo tenemos que recordar.

TE HE DE TRASPASAR

¡TE he de deslumbrar, muerte; te he de traspasar con la luz de la eternidad cojida en mi espejo!

EN UNO

La forma es solamente "nueva" en uno.

O DEBAJO

Aunque posea las cosas, tengo, encima (o debajo) que figurármelas.

DE LA TARDE DE FIESTA

Sé en tu soledad, como el agua del jardín en la soledad de la tarde de fiesta; que, sin salir del jardín, tiene en sí la fiesta, la soledad y todo lo demás.

DE SU TIEMPO

CLÁSICO: lo perfecto (completo) con la idea, el sentimiento y las palabras de su tiempo.

FRUTO MADURO

AL hombre no debiera hacérsele responsable de su conducta ética jeneral, más que desde aquel momento en que dé, en la actividad a que haya consagrado su vida, fruto maduro.

LO QUE DICE UNO

No olvidemos que lo importante no es lo que otros digan sobre uno, o que uno dice, sino lo que dice uno.

Estilo: una cosa es contar y otra, cantar.

EL SUSTANTIVO CON EL ADJETIVO

¡Qué angustia pensar que ha de morir este mundo ¿tan grande? donde se había llegado a unir así, en un prodijio tan leve, con esta aguda emoción escalofriante, el sustantivo con el adjetivo!

ANTE TODO

SER breve, en arte, es, ante todo, suprema moralidad.

ES SÓLO COPIARLA

"HACER" la vida es sólo copiarla; "pensarla" es crear la vida.

DE SU INSTINTO

En el amor no nos satisface que la conciencia de la persona que amamos sea nuestra; queremos ser dueños de mucho más, casi de lo imposible: de su instinto.

Y ME SIENTA

Voy ya a irme; pero el pensamiento mandón me coje y me sienta.

A FUERZA DE BELLEZA

Día feliz aquel en que, a fuerza de belleza, nuestra in-

tuición, entre la actividad y el bullicio, valga tanto (y podamos confiar en ello) como nuestra conciencia en el silencio y el reposo.

PARALELO

¡Tiempo, tiempo maldito; paralelo del deleite, pasadero como él!

RUIDO

¡Qué inmortal eres, ruido!

EN TORNO

¡EL estático silencio armonioso, en torno de la última verdad incontestable; la música callada en torno de una suprema Giralda muda!

MAÑANA, NUNCA

Para la vida, hoy, siempre; para el arte, mañana ¡ay! nunca.

CUÁNTA VERGÜENZA

El artista que sabe cuánta vergüenza da la carga de una labor de inesperiencia joven, es el más llamado a respetar a las personas mejoradas de pasado feo.

DEBE HACERSE

Lo que debió hacerse, debe hacerse, aunque hacerlo no "sirva" ya de nada.

EN EL DOBLE ÁRBOL

Que el libro terminado quede vibrando de emoción e intelijencia a la vez, como una limpia saeta recién clavada siempre en el biárbol de la vida y el arte.

DESPUÉS

DE la crítica, figuráos siempre que lo que se dice de vosotros se está diciendo después de vosotros muertos.

EL MAYOR SUFRAJIO

Quiero el mayor sufrajio: el del olvido.

CONTEMPLAR Y GOZAR

DE nuevo, como en la adolescencia, sólo me va importando contemplar y gozar.

EL POETA Y EL TIEMPO

¡Qué trájica lucha, al ciego sol fúnebre del liso cielo azul impenetrable, entre el Poeta y el Tiempo!

ANTES DE LLEGAR

Un punto antes de llegar al cansancio.

LA PRIMERA EULALIA

¿Cómo hablaría ¡Madre Venus de plata y oro! la primera Eulalia?

CARLOS PELLICER

FUEGO NUEVO

EN HONOR DE JOSE CLEMENTE OROZCO

CeDInCI

CeDInCl

CeDInCl

HOY, como todos los días, le recordamos. Pero hoy es un día amurallado. Y entre luces escondidas, vamos.

El promotor de fuerzas plásticas, el hombre que se encerraba como el huracán, el generoso ayudante de la justicia, paralítica por el egoísmo y la avaricia; el que dio libertad al fuego para incendiar, para destruir la sombra construída con mentiras; el capitán de los colores con voz y voto, el que en medio de la noche hizo estallar el sol, el dueño de luces a medio color, pasa frente a nosotros esta noche, encorvado por el peso y la fuerza de su corazón.

Que los altos hornos respiren bien para aquilatar el acero, que los engranes y las poleas de todas las máquinas sigan alimentando la velocidad del silencio, que el camarada aceite alivie la fricción de la maquinaria numerosísima que plantea el conflicto de la razón y el corazón. Entre el galope sin horizontes de las máquinas, no hay palabras que valgan para decir su gloria. La tempestad alerta sale de sus bolsillos a condenar el prestigio de las rosas en esta hora en que casi no hay tiempo para mirar las rosas.

Ya va subir la aurora que desató sus manos con redondez mundial.

Ningún color reposa, todos corren o vuelan; la dinámica del espacio tiene historia de mar. Es el tiempo motor el que lleva en su mano y hace luz en el humano lodazal y resuelve en el caos de brazos y cuchillos la operación exacta de la verdad intacta. Fue el gigantesco obrero que un fino pararrayos articuló en su sangre la tempestad humana. Con ladrillos de luz alzó su torre al viento y desde ahí miró todo el color del drama: un mundo sin honor y sin palabra.

Hidalgo es todo un día del cielo que se enciende para hablar entre un agrio silencio de injusticia. Aquí está en sus palabras quemando la conciencia de toda la nación. Libremos al hombre de la pobreza causada por nuestro egoísmo y nuestra ambición. Así nos libertaríamos de ser esclavos de la injusticia. Es la alegría cristiana la que tiene razón. Quién obsequió estos muros hace más de cien años tenía el corazón entre las manos. Los niños son los pájaros del episodio humano. Aquí viven y cantan, aquí estudian y sueñan. Las manos luminosas de quién fundó esta casa

dan el pan y la sal y la caricia anónima y se abren en la noche como la flor del día. Si las paredes oyen, también hablan aquí. Es el lenguaje enorme de quién hablaba poco, la palabra de honor de un hombre todo hombre: capítulos forjados apasionadamente, ideas y metáforas, narraciones y juicios. Lo que se ve y se palpa o se sueña y se entiende.

Del canto elemental traigo las voces. Oue un rayo de silencio truene en mi corazón; que el aire todo cúpula tenga el azul más fuerte para integrar la luz de la ambición más pura. El agua que dio origen a las primeras células suba en trombas oceánicas; que el agua torrencial desintegre las rocas del mal impedimento; que la lluvia zahiera el vientre a veces duro de la tierra. Que de la tierra brote la sombra vegetal que ha de dar al camino cita y meditación. La tierra que reúne y que dispersa, la que nos alimenta y nos encanta con su horror pedestal y su belleza. La tierra humana siempre provocativa, habitada y sola, bodega mineral. La tierra amanecida y sepultada, hembra v varón, -todo el color de los colores,despojo sideral, camino en el abismo, —sin el color de los colores, con su enagüilla de serpientes y su pie de jaguar.

La tierra codiciada sin medida, la tierra de la guerra en que se entierra la estúpida ambición bañada en lágrimas. Todos robamos fuego aunque somos de fuego, cuerpo de fuego y espíritu de fuego. De incendios delirantes. fríos diamantes estrellados: la llamarada simultánea del pensamiento, del odio a la alegría, emporio de la sangre, vida imperial de instantes devorados por la velocidad de la materia. El hombre en fuego que ilumina al fuego, el domador de montes y de átomos, que salga del sepulcro después de tantos terceros días. Que hagan presencia urgente las palabras de Cristo, -El Cielo y la Tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán, y de fuego con fuego se levante venciendo el misterioso mal que hay en su dicha. Y hermosamente elemental. abra los brazos para darse y para dar.

Maestro que me escuchas: si he robado tu fuego, aquí está.

Lomas de Chapultepec a 4 y 6 de septiembre de 1963.

JORGE GUILLÉN

RECREACIONES

CeDInCl

CeDInCl

AQUELLA FLAUTA

"Comentarios reales", 2, XXVI, *Inca Garcilaso*.

EL Inca prodigioso Garcilaso Lo cuenta. Recordarlo es un deleite Que implica amor a la figura príncipe Donde se funden los extremos tensos.

A deshora en el Cuzco,
Majestuoso Cuzco milenario,
Ya avanzada la noche hacia un peligro
De tiniebla de selva
—Y su rumor, que ya no es de follaje—
A deshora una flauta,
Quizá desde un otero,
Mantenía su filo de sonido
Muy agudo, tal vez alguna súplica.
... Y un español avizoró unos pasos:
Una india a deshora.
—Déjame ir, señor, adonde voy.
Me llama aquella flauta con ternura

Que a ir allá me fuerza. Déjame por tu vida. ¿Tú no oyes La flauta que me arrastra con amor? Yo seré su mujer. El será mi marido.

CRIMEN

El licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa lo contó en su informe al Consejo de Castilla. Todo ocurrió en Villamayor de los Montes, Palencia, 1601. Allí, un seglar y tres monjas: Juan Alonso de Frías, sobrino de Isabel de la Torre, Afria de Pinedo y Bernarda, su hermana menor.

SON sucesos atroces en la senda
De aquel Caín que trajo
"La golosina de la sangre humana".
No había mucha paz entre las monjas
Del monasterio: "monjas montaraces"
Bajo la advocación de San Bernardo,
Por entre aquellos Montes que son cerros
De una ceniza intacta
De estepa, sin verdores que consuelen
A los allí nacidos
De sentirse desnudos bajo el sol.
Daba el sol en las rejas, en el patio
Del monasterio donde

CeDInCI

TT

Y apareció el galán. Isabel de la Torre dijo sólo: Pues... he aquí Bernarda. Isabel, insinuándose insidiosa, Allanaba las vías juveniles De interés, atracción, final deseo. ¡Oh galán generoso! Y hubo regalos por entre las frases. Ya placeres de boca, Dineros y vestidos Conducía Isabel hacia Bernarda, Si no quedaban en sus propias manos: Oficio de tercera entre unos muros De una Villamayor Aspera con sus Montes... El vivir es a veces incorrecto.

III

Y sucumbió, por fin, la seducida, Pero no sin escándalo de alguien. Se horrorizó, profesa virtuosa, La hermana de Bernarda, Y sobre los culpables y los cómplices Dejó caer desde su propia altura La reprensión del incontaminado.

Era un mundillo aparte De profundo calibre Con refrenado hervor De cuchicheos, de concupiscencias, Y bajo un disimulo —Que tal vez decrecía cada hora— De prolífico embrollo. Y el embrollo enroscaba su espiral Alrededor de quien erguía el índice Más convincente. ; Manos De Isabel de la Torre! Envidias, odios, amoríos, cóleras: Tanto resentmiento Se concentró de pronto en una furia De anulación. ¡Qué rayo inadmisible, Desde arriba radiante de virtud. Fulminaba hacia todos El juez de todos, Afria de Pinedo! La monja, vulnerable allá en su ínsula, Se sintió amenazada. Desde entonces, figura cautelosa Pese el empaque aún del monasterio, Adria se deslizaba Con algún conventual Siempre por los pasillos, por el claustro Mientras iba formándose "La confabulación" De monjas aliadas. ¡Isabel de la Torre! Se preparó el ataque, Ahora ya impaciente. Esperaron tres noches, tres difíciles Vigilias. Ay, fracasó la espera. ¿Adria? No aparecía nunca sola.

¿Qué hacer? Ya rebosaban Irresistibles odios Por entre los murmullos de erupción.

IV

Y "en el silencio de la siesta" un día. Según el santoral, de Bernabé, -Era un 11 de junio que en la tarde Ya pedía penumbra de reposo— Se abalanzó a la acción El grupo clandestino. Eran visibles sólo capirotes De penitentes, máscaras Que imitaban figuras de tapiz, Palos cortos y gruesos, También sogas mojadas en vinagre Con sal, atmbién una pelota, simple, De sebo nada más, para la boca. Un deleite de farsa acrecentaba La operación cruel Con una crueldad De cuento imaginado en soledades Bajo lunas de noche y sol estivo, Ante la desnudez de aquellas tierras De planeta inclemente.

V

Y el pelotón de las enmascaradas Fue entrando de puntillas en la celda, Silenciosa de sueño, ¿De sueño eterno? Fue Isabel quien puso La rodilla feroz en la durmiente. Unos brazos la asieron por los brazos. Bernarda quiso ser quien rodease Con una soga el cuello de su hermana. Otras manos la ahorcaron. Y se "torció el garrote".

He ahí ya sin soplo el cuerpo rígido. Queda exhausta la sed —por un instante— De Caín. ¿Dónde, cuándo? Inextinguible sed. Al sol de todos brillan dientes, bocas.

SUEÑO DEL CASTILLO

CEDINA Cristina Campo, que lo soñó.

fBAMOS... Sí, nosotros.
Yo se lo contaré.
Ibamos de puntillas,
A través del silencio de un castillo,
Por espaciosas cámaras desiertas.
Era un día de otoño por la tarde,
Acorde a las paredes,
Doradas sus maderas.
Y siempre de puntillas avanzando,
Nos asombraban los enormes lechos
—Con sus cuatro columnas salomónicas—
Ya preparados en aquellas salas
Para muchas parejas,

Para los caballeros De la Tabla Redonda. Se ofrecían paisajes, Bien extendidos sobre las paredes. Y un paisaje ahondó sus arboledas. Nos asomamos a un balcón. Y vimos. Ultrarreal campiña serenaba.

CeDInCI

VARIACIONES SOBRE TEMAS DE RIMBAUD

CeDInCI

CeDInCI

CeDInCl

ALBA

"Illuminations", Aube.

HE abrazado el alba de estío.

Nada aún rebullía en las frentes de los palacios. El agua yacía muerta. Las zonas de la sombra no abandonaban el camino del bosque. Avancé despertando los tibios alientos vivaces, y las pedrerías miraron, y las alas se alzaron sin ruido.

La primera empresa fue una flor que me dijo su nombre en el sendero con frescura de pálidos brillos.

Reí a la rubia cascada que se destrenzaba a través de los abetos; en la cima plateada reconocí a la diosa.

Entonces levanté uno a uno los velos. Por la alameda agitando los brazos. Por la llanura al gallo la denuncié. En la gran ciudad el alba huía entre los campanarios y las cúpulas, y yo la perseguí corriendo como un mendigo por los tránsitos de mármol.

Arriba de la carretera, junto a un bosque de laureles, la rodeé con sus velos ceñidos, y un poco sentí su inmenso cuerpo. El alba y el niño cayeron bosque abajo.

Al despertar era mediodía.

REALEZA

"Illuminations", Royauté.
Para Melchor.

I

UNA hermosa mañana, en una nación gentilísima, un hombre y una mujer, espléndidos, gritaban por la plaza pública: "¡amigos, yo quiero que sea reina, yo quiero ser reina!" Ella reía y templaba. Él hablaba a los amigos de revelación, de prueba concluida. Y se pasmaban uno junto al otro.

Eso ocurrió. Fueron reyes a lo largo de toda una mañana en que las colgaduras —carmesíes— resaltaron sobre los edificios, y por la tarde, en marcha hacia los jardines de palmeras.

II

UNA hermosa mañana, en un país amable, Una mujer y un hombre de juventud hermosa Gritaban desde el centro de la plaza.

"Quiero que sea reina, amigos, escuchad." Y a la vez: "Atención, yo, yo quiero ser reina." Ella entonces temblando se reía. Él hablaba a la gente de una revelación Ignota —¿cuál sería?— de una prueba conclusa. Los dos gozaban, íntimos, felices.

Decían la verdad. Reinaron, fueron reyes Hasta aquel mediodía, por entre los flotantes Carmesíes de fiesta en las fachadas,

Y después, por la tarde, serena, ya más lejos, Sin fatiga errabundos, despacio caminando, Próximos a jardines con palmeras.

III

ERA una mañana clara, Y una soberbia pareja Decía en la plaza a gritos: "¡Yo quiero que sea reina!"

Ella temblaba riéndose. A los amigos él, mientras, Habló de revelación Y de victoriosa prueba.

Reunidos como a solas Un solo goce ya eran, Y radiantes, inocentes, Daban al día más fuerza.

Sin disputa fueron reyes, Una mañana, de veras Cuando hacia el sol se tendían Altos carmines de telas, Y reyes fueron aún Aquella tarde, ya cerca De los últimos follajes Con sus cimas de palmera.

CeDInCl

ESTEBAN SALAZAR CHAPELA

DESPUES DE LA BOMBA

Fragmento de la novela del mismo nombre



CeDInCl

En efecto, Sebastián había decidido quedarse en casa esta tarde porque quería perfilar su idea de que nuestra vida sostenía la eternidad, el triángulo equilátero, a Platón y Aristóteles, el hilo de la plomada, las tablas de logaritmos, el cielo, el sol, la luna, etc., etc. Somos quienes estamos vivos —escribía— la pupila del universo, no en el sentido de que demos vista al universo —el universo es ciego de nacimiento y sin remedio—, sino en el sentido de que nuestra pupila de hombres vivos es la única que lo ve y la única por ende que le da ser, que le da vida. Si esta pupila humana desapareciera un día, si la humanidad por decirlo así se vaciara los ojos al destruirse a sí propia con una bomba lo que quedase ahí ya no sería el universo sino una noche de nadie y para nadie, un vacío inmenso flotando sin nombre en el piélago insondable de la nada.

Sebastián insistía líneas más adelante en este principio para él fundamental de la pupila humana cuando le sobresaltó un diálogo agrio en el rellano de la escalera, al lado mismo de la puerta de su habitación. En seguida reconoció las voces respectivas de Patricia y Giuseppe,

- —¡Te he visto salir de la habitación de ella!
- -Es que le duele la cabeza, le he llevado té...
- -¡Pero salías poniéndote el jersey!

- -Eso no es verdad.
- -; Te he visto!
- -No es verdad.
- -¡Pero te he visto!
- -No es verdad.

Como punto final a esta nueva negativa retumbó en el rellano una bofetada horrorosa.

Hubo entonces un silencio augusto.

Luego oyó Sebastián los pasos de dos seres humanos que se separaban en direcciones opuestas. Uno de estos seres ascendía al pasillo del principal de la casa y se encerraba en su habitación dando un fuerte portazo. El otro ser bajó lentamente las escaleras hasta que sus pasos se amortiguaron y se perdieron en el gran vestíbulo.

Por el sentido del diálogo y por el preciso momento en que fue insertada la detonación Sebastián tuvo la evidencia de que el disparo manual no había sido italiano sino irlandés, irlandés de Dublín.

Volvió a su mesa de trabajo, pues el atractivo del diálogo le había hecho levantarse y acercarse a la puerta. Procuró ordenar de nuevo sus ideas filosóficas y perfilar mejor su principio fundamental de la pupila del hombre vivo en su relación con el universo ciego. Escribió hasta cuatro renglones pero... ¿quién podía concentrarse en estas especulaciones metafísicas después de haber oído a dos pasos una bofetada tan espantosa?

Sebastián se levantó y salió al rellano. Luego bajó las escaleras con el propósito entre curioso y malévolo de encontrar a Giuseppe y observar de paso si tenía señas dactilares irlandesas en uno de sus carrillos. Pero Guiseppe debió salir inmediatamente a la calle, pues no estaba en la sala ni en el comedor ni en la cocina.

Entonces volvió a subir el breve tramo de escalera, aho-

ra dispuesto a continuar sin más detenciones sus meditaciones filosóficas.

Estaba ya en el descansillo e iba a abrir la puerta de su habitación cuando vio a Patricia que descendía el tramo inmediato, quizá para dirigirse también a la calle. Venía con rostro más feroce que triste pero sus ojos estaban irritados de haber llorado.

- —¿Tú por aquí, Patricia? —le dijo Escobedo naturalmente, como si no supiera nada de nada—. Yo creía que habías ido con los demás a Villa Patata.
 - —¿Para qué iba a ir?
- —Bueno. Para dar un paseo. La tarde está fría pero por lo menos hay sol.
 - -Estoy fed up, estoy harta.
 - -¿Por qué, Patricia?
- —No sé. Un día voy a coger una de esas lanchas que hay en el puerto y me voy a ir a Inglaterra aunque me ahogue en el camino.
- —No digas tonterías, Patricia. Comprendo que estés cansada de estar aquí. También yo lo estoy. Pero no cabe más que esperar y ver qué pasa mañana. Algo pasará.

¿Por qué no entras aquí en mi habitación y tomas un drink conmigo?

- -No, gracias, Sebastián. Necesito que me dé el aire.
- —En ese caso, si quieres, te acompaño. Abajo tengo el morris. Cuando se está deprimido nada levanta tanto el ánimo como un paseo en coche.
- —Pero no me lleves a Villa Patata. No quiero ver a nadie.
 - -Pierde cuidado. Te llevaré a otro sitio.

Esta última expresión fue para Sebastián como una iluminación, como si sus mismas palabras se hubiesen anticipado a sus pensamientos, o como si sus pensamientos hubiesen sido arrastrados por sus mismas palabras. La

situación histérica de Patricia en estos momentos era la ocasión. No se le presentaría sin duda otra por muchos años que permanecieran en Trudgy. Siempre le había gustado a él Patricia por su bonito tipo, por su agraciada cara y sobre todo por su aire aséptico y hasta puro de chica que ordenaba su vida con una mentalidad económica. Veía también en ella algo monjil y a él le gustaban mucho los conventos y todas las órdenes religiosas, siempre que fueran del género femenino. Pero nunca había intentado nada con ella porque la veía muy absorbida por Giuseppe y además porque estaba Mónica de por medio y podrían suscitarse engorros.

—¡Arriba los corazones, Patricia! ¡Vamos a airearnos por esos campos!

Bajaron y tomaron el coche.

Sebastián conducía por Saint Alexis a muchísima velocidad, como si estuviera en plena carretera, pues allí no había peatones ni policías ni señales luminosas ni ninguno de los estorbos que a no dudar hubieron con anterioridad a las bombas de cobalto o antimaterias.

Pasada la plaza de Víctor Hugo, al entrar por la calle que conducía al camino de Villa Lena, Patricia le dijo sin venir a cuento:

—¿Tú sabes que yo le tiré una vez un plato a la cabeza a mi padre?

-; Caray! ¿A tu padre? ¿Por qué?

Y Escobedo pensó instantáneamente la inmensa suerte de Giuseppe de que Patricia no tuviera esta tarde un plato en las manos.

—Bueno. Mi padre es el hombre más vago que pasea por Dublín. Estuvo empleado no sé cuantos años en el Bank of Ireland pero como le dio un día un pequeño ataque de asma dejó el empleo y se vino a casa para siempre. La razón de ello era que mi hermana mayor ganaba y mi madre también ganaba y yo ganaba algo en la peluquería y había visto la ocasión de dejar el banco y no hacer nada más en toda su vida. Y eso que en el banco no tenía trabajo ninguno, pues un portero de banco no tiene otra cosa que hacer que estar en el vestíbulo de pie o sentado y orientar al visitante que le pregunte por un departamento. Pues hasta eso le fastidiaba porque decía que tenía asma. Pero para ir al bar no tenía asma nunca. Bueno. Un día vino a la cocina cuando mi madre v vo estábamos fregando los platos. Allí comenzó a hacerle cargos a mi madre sobre una tontería, sobre la lata de la basura que ella había puesto en un lado del jardinillo y no en el sitio que él decía debía ponerse. Le hacía esos cargos con tan mala sangre, con tanto deseo de que hubiera camorra... Se veía que venía del bar. Cuando venía del bar a veces no lo podía aguantar nadie. Mi madre le contestaba con mucha sensatez, diciéndole que qué más daba, que pusiera la lata donde quisiera. Y mi padre no se avenía a razones, volvía otra vez al asunto con la misma mala sangre... Yo estaba secando un plato. Al ver tanta estupidez y tan mala intención perdí el témper y se lo tiré a la cabeza.

-;Y le dio?

—No le dio. Le dio de refilón en el hombro. Luego me alegré de que no le diera, porque si le llega a dar, con la furia con que se lo tiré, lo dejo en el sitio.

-¿Y tu padre qué hizo?

—No hizo nada. Se quedó de piedra. Yo escapé en seguida de la cocina.

—Gran lección. A veces los hijos están en el deber perentorio de educar a sus padres.

—Estuvo medio año sin dirigirme la palabra pero al fin un día me habló. ¿Sabes para qué? Para pedirme tres chelines porque mi madre y mi hermana no estaba en casa y quería ir al bar.

—¿Y se los diste?

- —Se los di y hasta me alegró que me los pidiera. Me daba no sé qué pensar que no me hablase más en toda la vida. Yo no pierdo el *témper* nunca pero cuando lo pierdo ya no soy yo sino una persona distinta.
- —Es tu noble naturaleza, Patricia, es tu sangre celta, es tu magnífico *Irish témper*.
- —Tú habrás visto que yo soy más mandible que Mónica, pero cuando me indigno por algo, pues a mí lo que me da es indignación...
- —Te comprendo perfectamente. Tú te irritas o pierdes el *témper* como dices porque lo que te pasa es que te sublevas ante una cosa fea, ante algo que hacen o te hacen que no está bien, que no debían hacerte...

-Eso, eso, nada más que eso.

Sebastián veía tan claro como el agua que el relato del plato y estas subsiguientes consideraciones eran no más el oleaje interior que tenía ella después de haber visto a Giuseppe salir de la habitación de Bárbara poniéndose el jersey. En su tono se notaba un resentimiento, un duro encono contra todos los entuertos abominables de este mundo.

Ya habían salido de la buena carretera y ya estaban dando saltos por la carretera que casi no era carretera. El sol seguía luciendo todavía pero de vencida, rodeado de unos tonos cárdenos de frigideces invernales.

- -Te llevo a ver una casa muy bonita.
- -Ya sé a dónde me llevas: a Villa Lena.
- —¿Cómo lo sabes?
- —Mónica me ha hablado mucho de esta casa. Ella no tiene secretos conmigo.

Sabía que Escobedo le llavaba a Villa Lena y tenía tam-

bién barruntos de a qué le llevaba. Pero ahora le daba lo mismo. Si Guiseppe estaba todos los días con esa bitch, pues para ella Bárbara no era más que una bitch...

- —En Glasgow también perdí una vez el *témper* y le di una patada a una chica...
- -¡Por Dios, Patricia, me estás asustando! ¿Por qué fue eso?
- —¡Qué patada! Si en vez de caer en la butaquilla que había allí cae contra la pared se rompe la cabeza. Esto fue en la peluquería.
 - -¿Delante del público?
- —No. Fue en la pequeña habitación donde colgábamos los bolsos y los abrigos. Todas las noches, cuando salía a la calle. me encontraba con que me faltaba media corona o unos chelines. Sospeché de una de las chicas y no me equivoqué. Una tarde que estaba yo tiñendo a una señora vi que esta chica se iba al interior como si fuera al retrete. Tuve la corazonada y dejé plantada a la señora, aunque no debía hacerlo, pues podía estropeársele el pelo. Entré sigilosa en la pequeña habitación y allí estaba la muy ladrona hurgando en mi bolso. Le pegue una patada...

En esto llegaban a Villa Lena.

Bajaron del coche y entraron en la casa.

Patricia la recorrió con interés y hasta pareció gustarle bastante pero lo observó todo con aquel gesto de vinagre que tenía esta tarde. Su prognatismo parecía más pronunciado y su labio superior, que siempre le caía con una verticalidad plana y chula, ahora parecía más vertical que de costumbre.

Pero este mismo gesto de chica brava e inaccesible tenía ya muy intrigado e incluso excitado a Sebastián Escobedo.

-Nada de té -le dijo él con voz acogedora pero de

mando cuando volvieron a la salita—. Es muy tarde para té. Un scotch, un buen scotch.

-Sí. Lo prefiero.

Sebastián tomó una botella de whisky, un sifón y dos vasos y lo puso en la mesita que estaba en el centro del sofá y las butacas. Luego se sentó en el sofá e invitó a Patricia a que se sentara a su lado:

—Siéntate aquí conmigo. Desde aquí podrás ver el dolmen de sir Nikolay.

Y mientras ella se cambiaba de asiento le sirvió un whisky tan abundoso como si estuviera obsequiando a un minero.

- —¿Es aquello? Parece una mesa en todo lo alto del monte.
- —Así son los dólmenes en todas partes. Pero no pongas esa cara, pues me da la sensación de que estás disgustada conmigo.
 - -¡Oh, no! Contigo no. Y ya no estoy disgustada.
- —Desde luego ya tienes mejor cara que cuando te encontré en la escalera. Estos campos sientan muy bien al cuerpo. Y este whisky. Pruébalo. Pero te diré que lo que a ti te pasa en esos casos que me has contado es que tú mides a las personas con tu noble naturaleza y no todas las personas son tan nobles como tu naturaleza es noble. Uno es la medida de todas las cosas, como tantas veces se ha dicho. Y es natural que en estas mensuraciones uno encuentre a veces un contraste abrupto entre lo que es uno y lo que son los demás. Y tu espíritu es, yo te he observado ya muchas veces, Patricia...
 - -¿Sí? preguntó ella interesada.
- —Tu espíritu es un espíritu recto, directo, sin dobleces, leal, tu espíritu es un gran espíritu. Este gran espíritu que tú tienes es precisamente el espíritu que te hace en los momentos de indignación tirarle un plato a tu pa-

dre o pegarle un puntapié a una chica. Pero el espíritu es magnífico incluso en esos momentos fugaces de arrebato, el espíritu es todo oro de dieciocho quilates. Luego hay otra cosa que deseo decirte: como yo conozco muy bien Dublín cuando te veo por las noches en el salón del gobernador no puedo menos de ver en ti a O'Connell street, a St. Stephen's Green, a Kildare street, a Crafton street, a Merrion square, a todo el genial talento que aquella fascinante capital tiene. Porque tú eres una chica de positivo talento, Patricia. Tú me has dicho una vez que a ti te gustaría tener y dirigir una peluquería de señoras pero eso te vendría a ti demasiado chico, pues tú eres una mujer como para dirigir una fábrica de automóviles o una fábrica de aeroplanos o por lo menos una fábrica de luz eléctrica.

Al oír esto último le dio a Patricia tal golpe de risa que por poco derrama el whisky del vaso que tenía en la mano.

Sebastián pensó que ya era esto la reacción obligada. Era la reacción contra el ataque histérico al ver salir a Guiseppe de la habitación de Bárbara y era también la reacción que se iniciaba del whisky.

- —Y ahora te voy a hacer si me lo permites un pérsonal remark: yo he observado mucho tus labios, Patricia, mucho, mucho...
 - −¿Sí?
- —Mucho como te digo. En estos expresivos detalles de modelado se fijan más los escultores que los filósofos pero yo tengo algo de escultor por lo mucho que me fijo en la plástica. A mí la plástica me enamora. Tú tienes dos labios tan distintos que parecen al pronto una contradicción y son empero un poema.
 - -Siempre me ha parecido un defecto.
 - -Me extraña que una mujer de tu gran talento haya

pensado tal disparate. Tu labio superior (v Sebastián le pasó levemente la yema del dedo del corazón de su mano diestra por este labio), tu labio superior está tan deliciosamente vertical, tan adorablemente firme y severo y austero que es como una representación visible de la mitad de tu bella alma. En este labio se halla expresado todo cuanto hay en ti de mujer de voluntad inquebrantable y de mujer veraz y de mujer de un temple que me río yo de Hernán Cortés y de Napoleón y de Nelson. Este labio superior tuvo es como un desafío a todas las tempestades que pudieran salirte al paso. Este labio tuyo está marcado con el sello del triunfo, pues vo estoy absolutamente seguro de que tú vas a triunfar, Patricia, tú vas a triunfar, tú tienes que triunfar. Pero luego conviene considerar tu otro labio. Tu labio inferior es tan superior como el otro. Ese tu precioso prognatismo, esa pifia saladísima de la naturaleza hace que tu labio inferior avance un poquito y sea más gordito que su compañero de arriba, pero ahí se halla precisamente, en esa pulpilla sobresaliente que está diciendo comedme, la otra mitad arrebatadora de tu bella alma, cuanto hay en tu gran corazón —pues tú tienes un corazón muy grande—, cuanto hay en tu gran corazón y en toda tu persona de capacidad, de sensualidad, de gusto por la vida, de estremecimiento desatado, de amor, de pasión, porque tú, darling..., darling . . .

No pudo acabar. Como el gran orador a quien los aplauensordecedores le dejan cortado el final de su elocuente párrafo Sebastián vio cortado y sellado y premiado el suyo por los propios labios de Patricia.

Y ya no hubo necesidad de perorar más. ¿Para qué? Escobedo salió esa tarde de Villa Lena con mucho y muy negro pesimismo. Aunque pulsó el cuerpo de Patricia como el virtuoso pulsa un arpa e hizo una preparación lentísima y larguísima para que la descarga de ella le fuera a ella inolvidable él sabía que esto no podría ocurrir otra vez. Mañana por la mañana, esta misma noche quizá, en cuanto Patricia se reconciliase con Giuseppe, se olvidaría de todo y no querría volver por aquí nunca.

Como así fue. En varias ocasiones más adelante él le propuso intencionalmente:

-¿Por qué no vienes esta mañana a dar un paseo por el campo...?

Siempre le hacía la proposición por la mañana porque Mónica estaba en la cama hasta las once o las doce y no podría sospechar del hecho.

Patricia ni siquiera le contestaba con aquellos labios que él habíale loado tanto. Se limitaba a hacer un movimiento negativo con la cabeza. De este modo le daba a entender que de ese asunto no había ni que hablar.

CeDInCl

RAFAEL ALBERTI

ROMA

Dos poesías

CeDInCI CeDInCI

CeDInCl

DESCIENDO la escalera de mi casa, mirador de relieves. ¿Dónde sueño? Dioses del mar y atletas coronados, cabezas de guerreros, tallos ágiles, Leda ciñendo al cisne, complacida, letras insignes, lápidas y nombres... ¡Oh Roma deseada, en ti me tienes, ya estoy dentro de ti, ya en mí te encuentras! Me agrando o adelgazo por las calles y plazas de este barrio que habito, junto al río, barrio que me recibe embanderado, como una barca, de tendidas ropas, movido en cada puerta por millares de dedos, de los que surgen, mágicos, áureos ángeles, santos, cornucopias, muebles nuevos con gracia envejecidos, multiplicadas imaginaciones...

¡Campo di Fiori, mar, jardín y huerta de pregones, de luz, de algarabía!
Quiero perderme en medio de tu aliento, ser aire popular como tu aire.
Y más allá, en la Plaza de Navona, ser caracola, ser tritón, caballo, rumor de fuente, agua contemplada, con el cielo de Roma abierto dentro.
¡Y nada más, y todo,
Amor, Amor, alma ciudad de Roma!



ASOMBRADA. Siempre mirando sola, mi cabeza cortada.

¿Qué miro? ¿A dónde mira mi pupila espantada?

Asombrada de estar mirando todo sin estar viendo nada. ¿Qué lloro, qué no llora por mi boca espantada?

Asombrada de llorar por mi boca v no por mi mirada.

Escuchadme... Soy fuente. Espanto de mí misma. Asombro de la gente.

CeDInCI

MAX AUB

CeDInCI

ENTIERRO
DE UN
GRAN EDITOR
CEDINCI

CeDInCl

ME llamó Vicente:

- —Se murió El Mapamundi.
- -; Cuándo?
- -Esta mañana. El entierro es a las cuatro.
- -Allí nos vemos.

El viento frío no era a propósito, pero fue hasta el cementerio y eso que, en veinte años, en México, no había hablado con el difunto sino tres o cuatro veces. Cuando trabajé en su oficina, él pasaba como un rey, sin volver la cabeza ni dignarse mirar a sus esclavos. Como si no me conociera.

El Presidente de la Cámara del Libro hizo un discurso muy sentido:

—Don Gabriel Solá fue espejo de hombres honrados, ejemplo y paradigma de varón dedicado a nuestra industria, nuestra gloriosa industria, en cuerpo y alma, dechado de caballeros, etc.

Como dirían los periódicos al día siguiente:

"En el Panteón Español, fueron inhumados ayer, a las 16 horas 30 minutos los restos del señor Gabriel Solá. Partió el cortejo fúnebre de la esquina de Sullivan y Rosas Moreno.

"El señor Solá murió anteanoche a las 20 horas víctima

de una trombosis cerebral a la edad de 68 años. Nació en Valencia, España y desde hacía muchos años radicaba en esta capital. Lo acompañó un numerosísimo grupo de familiares y amigos, etc., etc."

El duelo se despidió rápidamente, empezaba a lloviznar. Regresé a la ciudad en el coche de Vicente tras haber estrechado las manos blandengues de Gabrielito, de Ignacio y de José María, los hijos de la viuda.

- -Le acompaño en el sentimiento, etc.
- -Los rosarios, en la casa, desde mañana.

El difunto se había hecho muy rico aprovechando como parias a mil refugiados republicanos españoles. De algo había de servir tanto licenciado. Allí trabajamos casi todos, unos al principio —como yo—, otros luego, en los puestos que dejamos o al crecer el negocio. Catedráticos, profesores, periodistas, escritores, músicos, bibliotecarios, militares, magistrados, doctores, ingenieros, directores de archivo, de museos, etc. Todos metimos mano en la Historia general del mundo, al igual que en la Historia de la marina o en el famoso Diccionario de frases hechas y por hacer.

Gabriel Solá murió siendo gran personaje (en el velorio aparecieron dos subsecretarios y tres ex-ministros). La mayoría le tenía por ignorante, él se divirtió manteniendo el equívoco: un hombre salido de la nada tiene buena prensa en América si se ha hecho millonario, lo que le permitió, los últimos lustros, dar suelta a toda la mala educación que había almacenado bajo la férula de su abuela, de su madre, de su primera esposa. Con los cuartos, se hizo intratable con los inferiores teniendo en cuenta que la abuela quedó en Valencia, su madre murió en Veracruz en 1948 y su mujer desapareció al año de llegar, cuando empezó a irle bien en sus negocios. La segunda era viuda, bastante fea, pero con imprenta.

A Gabriel Solá —el padre— le conocían mucho todos los estudiantes valencianos porque solía sacarlos de apuros dándoles algo más por sus libros de texto que Plácido Cervera o Manuel Berenguer, libreros de viejo. El hijo, el actual difunto, estudió tres años en la Universidad. Lo dejó una mañana para servir en la tienda paterna. Allí se vendía de todo; el viejo Solá era chamarilero y prestamista. La verdad: el dejar el retoño la carrera fue para casarse: la Fuensanta no le dejaba vivir ni de día ni de noche y él quería algo más que meterle la mano: renunciando a ser abogado podría acostarse con ella tres años antes, ya que en eso la abuela y la madre eran intratables: primero el título, después la coyunda.

El ingreso en el comercio produjo un gran disgusto al progenitor que ansiaba tener un hijo con carrera. El tal don Gabriel no era hombre para gran cosa. La que lo llevaba todo era la abuela, mujer como hay pocas: infatigable, parlanchina, fuerte, dura, lista —que no inteligente—y amiga de darle gusto al cuerpo como no recuerdo otra: fumaba, bebía, comía y lo demás, como la mejor. Su marido no la resistió, prefirió morirse en los lejanos tiempos en los que Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano andaban

a la greña, en los primerísimos años del siglo. Tras el luto, dejó chica a doña Isabel II: no hubo galán buen mozo de los muy poblados alrededores que no pasara por sus horcas. Y nadie chistaba ni chismorreaba, tal pánico le tenían. Con el pelo muy blanco —y ninguno en la lengua—, cuando el reúma la sumió en un sillón desde el que mangoneaba, gritaba y perjuraba, riendas de todo en la mano, no hubo quien sisara ni ordenara la comida ni quien prestara como no fuera a su mandato o con su consentimiento expreso.

Disculpó al nieto y si la escogida salió rana, le echó la culpa al cabezotas. Así fuera su nieto era hombre y ella sabía para lo que servían; para llevar el mundo adelante: sólo las mujeres; por algo parían.

Primero le llamaron El Cabezotas, luego El Mapamundi. De estatura regular, más bien tirando a pequeño, la frente en forma de globo, el pelo huido arriba de los temporales abriendo entradas, la nariz gruesa, los labios abultados, la barbilla partida; los ojos muy saltones —mirando vagamente unos bultos que se le escapaban-, adargados tras gafas armadas de gruesos cristales, se le reducían a miniatura. Tras los lentes, Gabriel Solá se sentía protegido, a cubierto de unos y otros. Llegó a figurarse que sus antiparras eran una especie de escudo que le separaba, protegía y aun escondía de los demás; impresión en la que se encastilló con el tiempo al sustituir los cristales blancos por otros oliváceos. Ese seto vivo, que le distanciaba del mundo dándole otro color, le imposibilitaba toda comunicación cordial, toda fraternidad con sus semejantes. Pensábalo todo dos veces y hacía, a la segunda. lo contrario de lo que sus impulsos le aconsejaban primero.

Mozo, Gabriel Solá fue partidario del amor libre, del

reparto igualitario de los bienes, tal vez porque la oscura tienda de empeño de su abuela, abría sus puertas vergonzosas en la calle de Garrigues, cercana a la de Gracia, en los aledaños del barrio chino, albergue de valientes y pirujas. Con la coyunda y el tiempo, cambió del todo en todo, en cuanto a los bienes.

Del amor, que no es cosa de uno solo, la parte que tomó Fuensanta no llegó a satisfacerle. La mujer, alta, rubia, guapetona fue a lo suyo —que era huir del padrastro y asegurar el condumio— y puesta a lo otro los prefirió de mejor ver que el escuerzo cabezón que le tocó —no es un decir— en suerte.

Fuensanta era capaz de hacer feliz a cualquiera. No creo que ella llegara a serlo; por eso se le agrió el carácter y —cosa curiosa— se le aflautó la voz.

Gabriel Solá, por la índole del negocio, encontró fácilmente dónde dar cuerda a su amor universal. Se hizo ilusiones, muy parecidas a las que le proporcionó, desde años antes, la literatura. Que, desde que estudió Preceptiva literaria en el Instituto, rumiando despechos, tal vez ya sintiéndose impotente para crear sin quererlo admitir, aficionado que fue a pergeñar renglones cortos en cuartillas de deshecho apoyándose en la curiosidad temprana que le despertó el hojear lotes de libros empeñados, quizá por la costumbre de prestar, dio en copiar a los autores que le parecieron rimbombantes y adjudicarse la paternidad de sus plagios para admiración de compañeros, clientes y extraños poco versados en poesía. En el Instituto, en la Universidad, en ciertas redacciones de periódicos tuvo sus admiradores y aún algo más al empeñarse en no publicar lo que daba por suyo. Al principio, Gabriel tragó más rejalgar cuanto más ponderaban sus obras pero acabó por tomarse en serio y creer que todo lo que antologiaba había salido de las manos de sus autores por métodos parecidos al suyo, lo que le fue de gran consuelo. Dicho de paso, el negociejo le ayudó no poco a llegar a esta convicción y fue un adiestramiento espléndido para sus futuras aventuras editoriales, profesión en la que por entonces nunca soñó, más a la que se adaptó con fruición y provecho al no tener ni siquiera que decidir que todo el campo —literario—era orégano.

Jamás se le ocurrió pagar derechos de autor. Sin ir tan lejos, a los pocos años, se cansó de sus ejercicios espirituales prefiriendo ocupar su tiempo en ganar amigas con la ayuda de la floreciente industria familiar a la que aportó —a la gran sorpresa de su padre— no escasos dones comerciales. Ahora bien, los empleó en puro provecho propio hasta el día en que su engendrador descubrió sus raterías y le abofeteó ante su abuela, su madre y su mujer, gesto que nunca le perdonó nuestro personajillo.

Lacavo, vil, servil -ser vil - humilde y rastrero con los que le podían servir para algo; altanero, despreciativo, desdeñoso y avaro con los que le servían, haciéndoles tragar la mala sangre que almacenaba frente al espejo lamentándose de su físico, ser intermedio, intermediario entre lamer plantas más altas y segregar veneno contra sus dependientes, más miserable todavía si columbraba en éstos cierta superioridad del orden que fuese; buscando siempre el arrimo del más fuerte, dispuesto a lo que fuera con tal de que no se le volvieran a reproducir agruras y angustia de estómago que el odio le fermentaba; la envidia le reconcomía sin que la pudiera eludir: la sentía atada a sus hombros, inficionándole la sangre rebulliéndole las tripas, atenazándole la lengua en circunloquios que suponía hábiles y zarpazos pseudo-maquiavélicos. Su desencanto le añadía bilis que le obligaba, de cuando en cuando, a guardar cama para librarla. Pagábalo Fuensanta, que le aguantaba por el solo placer de devolvérselo en cuernos.

Cuando, en 1936, estalló la rebelión y tuvo que escoger sindicato, ingresó en la C.N.T. donde hizo una carrera brillante y rápida. Su barniz intelectual impuso respeto entre tantas gentes de buena fe y otros de no tanta, pero, todos ellos, con una cultura tan superficial que las más de las veces no alcanzaba a verse. Lo cual para la revolución —y dicho sea de paso— no importa gran cosa. Lo cierto: que, a fines de agosto, Gabriel Solá era subdirector del periódico de la organización ácrata y se sentía feliz. Descubrió que lo que ansiaba era el poder, no para mandar sino para ser temido.

Todos callaron, menos la abuela. Él se las agenció para verla lo menos posible y que la férula batiera el cobre sobre el sufrido lomo de sus padres; el viejo no lo resistió, de tanto callar reventó.

Al llegar a México, El Mapamundi se dedicó a vender libros a plazos hasta que ideó su primer diccionario y descubrió la viuda, es decir la imprenta.

Sé que todo esto no tiene nada de particular, que hay miles de vidas así. Pero al ver en tantos escaparates, en tantas casas, el *Gran Diccionario Solá*, me acuerdo de mis tiempos de estudiante, de cuando iba a empeñar mis textos a la tienda de su abuela para poder comprar las novelas de Felipe Trigo y Joaquín Belda y pienso que si hubiese seguido en Valencia, si no hubiese habido guerra civil, el triste *Mapamundi* no hubiese tenido el entierro que ha tenido.

Consecuente con su fortuna, se volvió algo franquista. Los últimos años de su vida iba cada verano a España; fundó allí una gran editorial de libros técnicos. Con una gran S en los lomos, rematada, eso sí, con cuernitos.

—La V de la victoria —decía por éstos.

No quisiera que mis lectores se dejaran sorprender por el tono amargo de este relato. Sí: adolescente estuve perdidamente enamorado de Fuensanta, que debía tener por lo menos diez años más que yo; no me hizo caso más que una vez. Me emperré, sin resultado.

Cualquiera sabe que, a esa edad, el tiempo no cuenta; sí el rejalgar que tragué.

No paró en esto: empleado en la H.U.S.C. de V.—la editorial ya famosa— no tuve reparo en ponerle cerco a cierta joven secretaria, en este caso diez años más joven que yo—lo que, por el entretanto, también era natural—. No supe a tiempo que mis gustos coincidían con los del *Mapamundi*. Pero no fui al entierro por Virginia, sino por Valencia, el Instituto, la calle de la Sangre, la calle de Garrigues, la de Gracia, el olor del azahar, los recuerdos de las librerías de viejo, mi juventud.

Carta póstuma del *Mapamundi* al anterior. Querido Jaime:

Muero del corazón —mi tercer infarto— pero que no te dé gusto. Muero queriendo. Feo, cabezón, sin carrera, tuve siempre las mujeres que deseaste y algunas más.

¿Cuántas veces no procuraste acabar conmigo? Hasta supongo que escribirás un relato —de los que te han hecho célebre— para ensañarte en mi retrato y mi biografía. Si eres justo remátala con estas líneas que le dicté a Virginia, encamado en el Instituto Nacional de Cardiología:

Siempre tuve diez años más que tú. La cosa empezó con Fuensanta y acaba con Virginia. Es decir, con mi difunta esposa primero y tu querida. Sabiendo que mi médico—que es también el tuyo— me prohibió cualquier exceso, tuviste la delicada idea de colocar a Virginia al alcance de mi mano, de mis manos mejor dicho, con la se-

guridad de que no dejaría de aprovecharlas. A los 68 años me dejé caer con todo gusto en tu ¿ingeniosa? trampa. Dos horas diarias de tentarujos fueron —y lo sabía, pero no me importaba— demasiadas para mis endurecidas arterias. Acertaste, pero no sabes con cuánto bien. Nunca supiste, infeliz, gozar —y hacer gozar— a las mujeres. Te faltó siempre el gusto y el tiempo que se necesita para llegar a ser —de verdad— un viejo verde.

¿Qué sabes de las deliciosas, encantadoras, suavísimas, llenas nalgas de Virginia? Te basta esparrancarla, echarle tu secreción y quedarfe ahito en espera de la próxima vez. No tienes paladar, joven desabrido. Ignoras el saboreo, el regusto, el saborcete del alimento de las manos—no digamos de los labios—. Siempre fuiste insípido. A lo tuyo, y ya. Sin contar la envidia que siempre te royó.

Virginia, ¿tu cómplice? Déjame reir. A nuestra edad entran en juego ciertos elementos que no están —que nunca estuvieron— a tu alcance, empezando por el dinero. No la compré ¿a qué santo? Basta el placer: es decir, el placer bien administrado que yo sentía, tan vehementemente que es pago suficiente. Sin contar que te salías con la tuya, acelerando mi muerte, debe impeler a no pocas mujeres a dejarse querer. Por algo son madres. Tú, infeliz, no sabes ni sabrás nunca el prodigioso aliciente de ignorar si ese momento es el último —encantador— de tu vida.

Quédate ahora con ella, será por poco tiempo —dejando aparte los jóvenes de tu edad, que, para mí y no para ti, no cuentan—. Virginia sabe más que lo que cree, tan inocente. Muero pero en ella quedo, tan a gusto. Te lo agradece eternamente tu viejo.

Mapamundi.

P.D.: Conste que cuanto has ido proclamando por ahí de mi franquismo es mentira. Con la política, mi pobre Jaime, te pasó igual que con las mujeres: no entendiste ni papa. Y ya muérete de una vez, ni siquiera tendrás quien se meta contigo. Donde te meterán será en tierra y te borrarán del mapa. Yo, por lo menos, tendré un entierro de primera. También, como es natural, habría que saber el punto de vista de Virginia. Pero eso ¿quién? Hubiera sido del gusto de mi abuela. ¿Sabes cómo te llamaba? El Hemisferio. Palabra. Vale.

Jaime Moltó no publicó la carta anterior. La encontré entre sus papeles. Sobrevivió tres semanas a su coterráneo.

CeDInCl

XAVIER VILLAURRUTIA

ESTATUA

CeDInCl

CeDInCI

TE has hecho unos ojos duros, sin fondo y sin horizonte, que no miran, que no quieren que otros ojos curiosos, lentos, los miren.

Te has hecho, pacientemente, con un cuidado infinito, un cuerpo, un cuerpo de mármol, pulido, perfecto, frío.

Y es inútil que otros ojos pretendan tocar los tuyos con dedos de luz, con rayos que no ciegan ni hacen daño. Y es inútil que otros cuerpos
quieran mirarte de cerca
con los ojos misteriosos
que hay en la piel,
con los ojos de los dedos,
con los sensibles, despiertos,
de los labios.

Te has hecho un cuerpo de estatua, lleno de ti, para ti.

CeDInCl

JOAQUIN CASALDUERO

EL ARTE DE ESPRONCEDA

CeDInCI

CeDInCl

La frase de El Estudiante de Salamanca es a veces ramplonamente querida, sosteniéndose en un ritmo de lengua hablada con desgarro y cinismo. Junto a ese nivel, a ese tono y ese ritmo, hallamos una melodía alucinatoria o que expresa la incertidumbre y además el movimiento de persecución, de persistencia, que se transforma en un desalentado ir detrás, para caer en el torbellino de la espiral sin fin —forma posible de lo eterno. Tanta complejidad se abarca con un ritmo masculino, ágil, dramático y otro femenino, tierno, sumiso, suave y dulce. Se nos dice la anécdota —El Estudiante, según la denominación de la época era un "cuento fantástico", un episodio de terror—, el amor, el olvido, la muerte de Elvira y la de su hermano, ésta por la espada de Don Félix de Montemar. La materia narrativa, empero, sirve sólo de mínimo apoyo para que el sentimiento surja irreprimible y con todo ímpetu ("Yo me arrojé" "Yo me lacé" A Jarifa), de aquí el impulso lírico del poema y la complejidad de su contenido.

Elvira es consecutivamente la infancia del poeta —el momento prodigioso de la fe, de las ilusiones, de los ideales—, su conciencia y la Muerte, su personal muerte —la siempre fiel. Elvira es también la forma del amor, de lo femenino soñado. En correspondencia con esa multiplicidad, Montemar es el hombre que mata en sí al niño;

el cínico que oye la constante acusación de la pureza; la vida que tiene la experiencia única de la muerte. El tema de *El Estudiante de Salamanca* es la experiencia de la muerte, la cual no se aprehende ni religiosa ni filosóficamente. No es tampoco una meditación más sobre la muerte, ni siquiera sobre el morir. No se trata de captar un significado o de clamar rebeldemente. Espronceda, al entregarnos la tragedia de su vida, se apodera por medio de la imaginación poética de ese acontecer irreiterable.

Voy a elegir el comienzo y el final del poema para poner un ejemplo del arte esproncediano. La parte primera —el poema se divide en cuatro— tiene 179 versos, de los cuales los 75 del principio son un romance interrumpido entre los versos 48 y 64 por una estrofilla de quince versos, trisílabos los cuatro primeros y los once restantes de cuatro sílabas.

Tanto los romances viejos como los de los siglos xvI a xvIII suelen mantener siempre la misma asonancia a través de toda la composición, en cambio el Romanticismo gusta y necesita cambiarla, logrando así dentro del ritmo del romance una modulación que obedece a un cambio sentimental o de la acción. Las asonancias que emplea ahora Espronceda son: é-a, ó, ú. Con la primera se pinta un paisaje pavoroso. Es la hora en que

Los vivos muertos parecen, los muertos las tumbas dejan.

El lugar común literario —la noche en que los felices duermen ("los vivos muertos parecen") y de los desgraciados huye el sueño— adquiere renovada vitalidad al ser sentido profundamente de nuevo el terror nocturno ("los muertos las tumbas dejan"). Se insiste en el lugar común para que brote con todo ímpetu la emoción originaria que conmueve al poeta:

La hora y el lugar, convertidos en sonido y forma imaginaria, sirven de fondo al protagonista, que da la nota básica del poema sinfónico:

> Súbito rumor de espadas cruje, y un "¡ay!" se escuchó; un "¡ay!" moribundo, un "¡ay!" que penetró el corazón.

Para presentar ese "¡ay!" protagonista, ha cambiado Espronceda la asonancia de los ocho octosílabos (vs. 41-48), la cual es la tónica de la estrofilla siguiente —cesó, pasó, se caló, se perdió, vs. 2, 4, 9, 15. No sólo el metro cambia, pasando del octosílabo del romance al trisílabo y tetrasílabo; la asonancia se da muy unida al principio:

El ruido cesó, un hombre pasó,

después hay un intervalo de cinco versos y para llegar a la última hemos de esperar seis más. También el valor de las pausas es diferente. Breve, tras la primera, no hay pausa en la segunda; la tercera y la cuarta exigen una detención completa, pero más larga la última que la tercera. Realzando el ritmo y la asonancia con la consonancia, que intercala dos veces, primero en -ado, luego en -esa. La

asonancia aguda destaca la queja en el romance, uniendo esta forma a la de la estrofilla, en la cual puntúa el ritmo del deslizarse, del deshacerse, del convertirse en sombra:

Se desliza
y atraviesa
junto al muro
de una iglesia,
y en la sombra
se perdió.

Entre los sonidos pavorosos de la noche aterradora (o siguiendo la denominación de la época en España fantástica) se ha abierto camino el suspiro "de alguno que al mundo / pronuncia el último adiós"; su oscuridad se ha tragado al otro contendiente. Entonces se vuelve al romance, esta vez en ú. Son doce versos. Por la calle del Ataúd se nos conduce no ya a un cruzar de espadas, sino de luces. La calle del Ataúd

atraviesa el embozado, la espada en la mano aún, que lanzó vivo reflejo al pasar frente a la cruz.

El poema, que comenzaba con el ¡ay! del moribundo en su noche aterradora, al ir a terminar recoge el último suspiro:

> Leve breve són.

La muerte de Elvira se ha presentado así:

Y exhaló luego su postrer aliento, y a su madre sus brazos se apretaron con nervioso y convulso movimiento Y huyó su alma a la mansión dichosa do los ángeles moran...

El romántico aún trabaja con ese naturalismo de academia, que volvemos a encontrar cuando Don Félix muere:

Y siente luego
su pecho ahogado,
y desmayado,
turbios sus ojos,
sus graves párpados,
flojos caer;
la frente inclina
sobre su pecho,
siente sus brazos
lánguidos, débiles
desfallecer.

Sin embargo, típicamente esproncediano es que para transformar la intuición del morir en sentimiento personal se sirva de la llama, sus cambios, el movimiento ascendente y descendente su vibración, sus diferentes volúmenes, sus esplendores, su apagarse, su nuevo relumbre, por último, la oscuridad final. Esta imagen visual se acompaña de otra auditiva: la nota de la lira. No quiere hacer un estudio de academia; de lo que está pendiente es de sentir desaparecer el último signo de vida.

El poema no termina con la armonía del sentimiento tan encarecida por los románticos como la imitativa es desdeñada. Para final dispuso una fuerte antítesis. Al verso bisílabo le opone tres octavas. Su sinfonía concluye con una gran sonoridad y un resaltado cambio de tono. Tenemos la antítesis entre la muerte y la vida:

> En tanto en nubes de carmín y grana su luz el alba arrebolada envía, y alegre regocija y engalana las altas torres el naciente día.

Y junto a la noche y el día, la antítesis entre el tono alucinante y el aire cínico social. Sobre todo conviene señalar cómo Espronceda ha querido enfrentar su sentimiente vivido de la propia muerte con el resonar libresco, ovidiano, del nacer del día.

Hunter College
City University of New York

LEÓN FELIPE *

POEMAS PERDIDOS Y ENCONTRADOS

CeDInCI

^{*} Hace cerca de un año, al empezar a idearse nuestra Revista, entregó León Felipe estos poemas, entonces inéditos. Forman hoy parte de sus Obras completas, publicadas en Buenos Aires y que todavía no han llegado a España.

Cumple ahora León Felipe ochenta años. Como el poeta asegura no tener otros versos inéditos publica LOS SESENTA estos que casi lo son, en rendido homenaje.

CeDInCl

Ι

MISTERIO

AQUI estoy solo... Siempre solo...
Siempre entre el relámpago y el trueno...
en este irascible fogonazo, que es la vida,
lleno de angustia y de pavor.
Esto es lo que sé...
esto es lo que puedo decir.
¿Qué otra cosa puedo preguntar?
¿Cómo se llama Dios?
¿Cómo me llamo yo?...
Dios se llama "Misterio".
Yo me llamo "Misterio".
No hay más que sombras, sombras, sombras...
Y este irascible fogonazo, que es la vida
lleno de angustia y de pavor...
que también se llama "Misterio"...

¡OH, MEMORIA, MEMORIA!

Siempre sin saber por dónde entré, sin saber por dónde he de salir y sin saber a dónde me van a llevar... porque a algún sitio me tienen que llevar que de algún sitio me han traído... Y... quién me trajo? ¿Quién me trajo aquí? ¿A quién le dije yo que me trajera? No recuerdo nada... ¿Hay alguno que recuerde? ¡Oh, memoria, memoria!... Siempre sin memoria. Todos sin memoria... Y sólo un cero duro de sombras y misterio donde se estrellan los gritos, los lamentos y todas las preguntas.

III

NI NAZCO NI MUERO

¡Qué agonía tan larga!
Hace tanto tiempo que no soy más que un moribundo...
Moribundo eterno soy que razona y que delira...
¡Y qué grande es mi lecho de muerte!...
Esta ciudad es mi lecho de muerte...
el mundo entero es mi lecho de muerte...
Todo es un gran lecho de muerte...
Un suspiro alado y profundo que se eleva y que se hunde y no se acaba nunca.

¿En qué esquina, en qué vacija, en qué barranco. en qué ala del viento, en qué segundo se me irá la luz para siempre? ¿O la vida es este parpadeo sin tregua entre las tinieblas v el relámpago? ¿Todo es como un ansia desgarrada y sin reposo entre las sombras y la luz?... Y no hago más que preguntas: ¿Qué hora es?... ¿dónde estoy?... ¿Ya? ¿Es aquí?... ¿Ahora?... Ven, muerte, ven... preparado estoy para todo. Todo lo he perdido... v todo lo recé. ¿Qué esperas, qué espero, qué esperamos? ¿O no hay más que esperar? ¿Esperar?... ¿esperar entre el grito y la Nada? Entre el grito y la Nada nadie llega nunca. Esperar entre la razón y el delirio? Entre la razón y el delirio nadie llega nunca.

¡Qué larga es la agonía del hombre...
y qué grande su lecho de muerte!
La eternidad es esta agonía sin fin
y este lecho de muerte sin origen.
No se nace ni se muere
ni se entra ni se sale del sepulcro.
Uno está aquí esperando siempre,
eternamente esperando
sin acabar de morirse
ni haber nacido nunca...

¿Qué hora es?... ¿Dónde estoy?... Y no nazco ni muero.

IV

EX LIBRIS

He llegado al final... ¿Quién me ha traído hasta aquí... y por qué me han traído hasta aquí? Yo no quería cantar... Y ahora parece que éste era sólo mi destino: Cantar, rezar, gritar, llorar, blasfemar... Y con una voz de publicano, con una voz de energúmeno, con una voz parda, rota, agria, irritante... ¿Y tengo que dejar todo esto escrito aquí?... Lo dejaré como un pecador que escribe sus pecados y se los dice a su hermano avergonzado. Tal vez todo no sea más que un examen de conciencia para hacer una buena confesión. ¡Pero si Dios lo sabe todo! Mas yo debo pensar que Dios no sabe nada. Y alguien hay en el mundo que no sabe que yo fui un pobre hombre que apenas pudo hablar. Ah, si hubiese podido hablar! Si ahora pudiese decir sencillamente... si pudiese empezar otra vez calladamente diciendo: Yo me confieso, Señor... Ten misericordia de mí.

INDICE

CeDInCl

CeDInCI

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Crítica paralela, 5

CARLOS PELLICER

Fuego nuevo en honor de J. Clemente Orozco, 33

JORGE GUILLÉN

Recreaciones, 39 Variaciones sobre temas de Rimbaud, 49

ESTEBAN SALAZAR CHAPELA

Después de la bomba, 55

RAFAEL ALBERTI

Roma, 69

MAX AUB

Entierro de un gran editor, 75

XAVIER VILLAURRUTIA

Estatua, 87

JOAQUÍN CASALDUERO

El arte de Espronceda, 91

LEÓN FELIPE

Poemas perdidos y encontrados, 99

SE ACABO DE IMPRIMIR LOS SESENTA EN LOS TALLERES DE UNION GRA-FICA, S. A., AV. DIVISION DEL NOR-TE, 1521, MEXICO 13, D. F. LA EDICION CONSTA DE 1,000 EJEMPLARES.

EJEMPLAR NUM.

No

340

CeDInCI

CUATRO NUMEROS AL AÑO

Pracio hou signablant

recto por ejempi	ur.	
México	\$	20.00
Otros países de América y España	Dls.	1.80
Europa y otros Continentes	Dls.	2.15
Suscripción anual (cuatro números):		
México	\$	65.00
Otros países de América y España	Dls.	6.00
Europa y otros Continen-	Dls	7 50

Distribuidor exclusivo para España:

Ediciones José Porrúa Turanzas

Bravo Murillo, 60

Madrid 3 (España)

EDICION DE MIL EJEMPLARES QUE NO SERAN REEDITADOS

CeDInCI